

En un recital de Lizalde

Enrique González Rojo Arthur

Diré, a manera de observación inicial de estas palabras, que tengo la impresión de ser simultáneamente la persona más y menos adecuada para presentar a ustedes al poeta Eduardo Lizalde.

Soy la más adecuada porque, dada nuestra vieja y profunda amistad, he seguido la carrera literaria del poeta desde hace más de veinticinco años: desde que nos conocimos en la Escuela Nocturna de Música, donde yo estudiaba para ser el más grande director de orquesta existente y él para ser el mejor barítono del universo mundo, hasta la actualidad en que, con más modestia, nos dedicamos ambos a la confección apasionada de la obra poética que se halle en consonancia con nuestra capacidad.

Pero probablemente soy la menos adecuada porque en muchas ocasiones ocurre que entre más cerca se está de un determinado creador, se posee una perspectiva menos adecuada para advertir su verdadera significación. Esto no sólo pasa con uno mismo (¡qué difícil es, en efecto, saber evaluar correctamente la importancia real de la propia

producción!) sino también con los escritores que pertenecen a las circunstancias inmediatas de uno.

No obstante este peligro, voy a tratar de expresar a ustedes, con el mayor grado de objetividad que me sea dable obtener en este tipo de cuestiones, lo que significa para mí la producción poética de Eduardo Lizalde.

En la imposibilidad de tratar todos los aspectos importantes de su creación, me voy a concretar a destacar dos elementos (la metáfora y el lenguaje) que juegan un papel significativo en su poesía.

Lo primero que sorprende al lector que se interna en el mundo fantasmagórico y ardiente de Lizalde es la envidiable imaginación de que hace gala. Esta facultad, que liga muy kantianamente lo sensible y lo inteligible, opera, en él, a través de una exuberante, rica y extraña metaforización que, aunque cambie de forma y evolucione (al grado de que a veces parece desaparecer), no abandona nunca de hecho al poeta.

Ya desde las primeras obras de Eduardo Lizalde (*La mala hora* de 1956, *Odesa* de 1958 y *La sangre en general* de 1959), se deja sentir la poderosa presencia de esta facultad, pese a los balbuceos o la inmadurez que se pueda descubrir en la voz de Lizalde joven. Pero donde se

despliega de manera poderosa y original es en *Cada cosa es Babel* de 1966 y en *El tigre en la casa* de 1970. Ciertamente que el tipo de metáfora que aparece en el primero de estos libros difiere, en tanto carácter, en tanto estructura, del que aparece en el segundo. En *Cada cosa es Babel* la metáfora es predominantemente *sintética*, y el poema en su conjunto está integrado por la armonización y ordenamiento de estas condensaciones comparativas; en *El tigre*, en cambio, la metáfora es con frecuencia *analítica* y, en relación con ello, no es raro encontrarnos con poemas que son en su conjunto una comparación y aun con el hecho, ya vislumbrado por Mejía Sánchez, de que todo el libro constituye una metáfora.

Probablemente la metaforización, la práctica de tender por todas partes –en el cielo, la oreja, la alcoba– nuestras trampas imaginativas para cazar originales comparaciones, nos venga a Eduardo Lizalde, a Marco Antonio Montes de Oca, a Arturo González Cosío y a mí, además de nuestras posteriores lecturas, de una corriente literaria a la que, allá por los cincuentas, estuvimos afiliados y de los estilos y poetas antiguos y modernos que repercutieron en ella. Me refiero al *poeticismo*. Lizalde reconoce, en un escrito autobiográfico, que este “abstruso movimiento frustrado”, no dejó de ser, “estimulante”. Yo creo que le asiste la

razón. Y estoy convencido, además, de que sería interesante en su oportunidad, esclarecer el significado y los propósitos de un movimiento que se halla relacionado con la formación intelectual y literaria de tres de los poetas más significativos en la hora presente de México: Marco Antonio Montes de Oca, Arturo González Cosío y el propio Lizalde.

Pero, volviendo a la metáfora, me gustaría hacer notar que existen dos modos esenciales de abordarla: como fin en sí misma y como medio para comunicar a través de ella cierto contenido. Creo que, durante la etapa poeticista, a los cuatro nos interesaba primordialmente la metáfora como fin. Deslumbrados por el encanto que trae consigo el descubrimiento de cientos de semejanzas, nos entregamos a lo que me gustaría denominar un verdadero safari de metáforas. Me atrevería a afirmar que esta utilización de la metáfora como fin es patente aún hoy en día –y con resultados a veces deslumbrantes- en la *Poesía reunida* de Montes de Oca; pero no ya en Lizalde, quien ha dejado poco a poco de ser esclavo de ella para convertirse en su señor. Lizalde, en efecto, emplea la metáfora como medio, lo cual quiere decir que su poesía no sólo es una creación imaginativo-formalista sino estructurada en función de un

contenido. Y es que Lizalde tiene mucho que decir y sabe cómo decirlo.

Otra de las características del poeticismo constituía en la subordinación del lenguaje a la metáfora. El lenguaje carecía, en este sentido, de independencia. No era otra cosa que un medio para dar a conocer una metáfora. Resultado de ello es una cierta rigidización y descuido de un elemento tan importante para la poesía. Lizalde no sólo ha perfeccionado y dominado la metáfora a un grado tal que sólo se ven sus producciones poeticistas como balbuceos inmaduros, sino que ha agilizado extraordinariamente su lenguaje, lo ha dotado de autonomía y lo ha convertido en sumamente eficaz para la expresión de su contenido poético.

Consecuencia de lo anterior han sido dos obras en verdad importantes en la poesía mexicana contemporánea: *Cada cosa es Babel* y *El tigre en la casa*. En otra parte he descrito ambos libros de la siguiente manera esquemática: “*Cada cosa es Babel* es una especie de cosmo-poema, un poemario, de grandes vuelos, que puede ser clasificado como filosófico. *El tigre en la casa*, en cambio, muestra el gesto con el que el poeta se retrotrae a su intimidad, a su problemática individual [que es, al propio tiempo, la de todos]. Aquí Eduardo Lizalde “se suelta”, se sincera, deja

de tener temor a desnudarse sentimentalmente. Añadiría hoy que si bien son poemas que tocan cuerdas diferentes – objetiva la una, subjetiva la otra-, no se excluyen, sino se completan, y que tiene razón nuestro poeta cuando afirma que “*El tigre en la casa* hubiera podido ser la parte carnal o terrenal del otro”.

En la actualidad, Lizalde está en vísperas de publicar un nuevo libro: *La zorra enferma*, el que he tenido ocasión de leer y saborear en estos últimos días. Las virtudes máximas del poeta –metaforización original y versátil, lenguaje ágil e incisivo, vigorosa ironía, fuerza en la expresión– reaparecen en este libro. Las diferencias políticas que se puedan tener con tal o cual observación del texto no impiden en ningún momento advertir que se trata de un escrito muy bello, auténtico, eficaz. Nuevo peldaño en la “escalada lírica”, si se me permite esta forma de decirlo, de nuestro escritor.

Quiero terminar esta presentación, comunicando a ustedes mi convicción de que un poeta tan excelente como Lizalde –uno de mis poetas mexicanos preferido por intenso, apasionado, inteligente- será gustado inmediatamente por los que no lo conocen y paladeado de nuevo, con renovado entusiasmo, por quienes ya han estado en contacto con la

producción lírica, de elevada factura, de nuestro poeta.
Queda con ustedes Eduardo Lizalde.

1970